

# LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

## Sobre el comunismo.

### ARTICULO II.

Creemos haber probado en el anterior artículo que la organización del trabajo, tal como la conciben los comunistas, esa monstruosa organización, basada en un falso principio de igualdad, era no solo contraria á la naturaleza, sino que ahogaba el estímulo, mataba la concurrencia, y aminoraba considerablemente los productos de la industria, causando así el efecto opuesto que se propusieran los nuevos é ilusos reformadores.

Vamos hoy mas lejos. Intentamos demostrar que á mas de estos daños la igualdad, en los jornales acarrearía otros no menores á la sociedad, cuales son los de crear desigualdades inicuas y destruir únicamente las que sancionan la justicia, y el interés general.

¿Realízase por ventura esa igualdad material que invocan Luis Blanc y sus amigos, asignando á cada operario de esos talleres nacionales el mismo jornal, la misma retribucion, sea cual fuere el número de las personas que compongan su familia? Si el casado y el soltero han de recibir el mismo salario, podrá acaso existir tal igualdad? Yo que tengo muger é hijos, seré para mí tan allegados, y con los que he de partir el menor bocado que gano, no podré disfrutar de manera alguna de las comodidades que goza mi amigo, que siendo célibe, está libre de toda carga y puede por lo tanto dedicar á sus gustos el salario que le corresponda. Así, él disfrutará de un bienestar, al paso que yo me encontraré en la miseria; y si

á él apenas le alcanzara para gozar, claro es que yo con todos los míos debo perecer. Vemos, pues, en este caso una desigualdad, y como hemos sentado antes, una desigualdad bárbara é inicua. Pero se nos dirá que en el estado actual de la sociedad, existen muchos ejemplos de esa desigualdad; si, es cierto; pero siempre hay una gran diferencia. Ahora me es lícito hacer los mayores esfuerzos para aumentar mi jornal, y aun cuando no lo consiga, me queda abierta por lo menos la puerta de la esperanza, puerta que me cierra para siempre el comunismo; puesto que conforme á este sistema el salario es comun, y no es permitido hacer en él alteracion alguna.

Preguntamos ahora nosotros: ¿en vista del terrible porvenir que se presenta al hombre que tiene muger é hijos, habrá muchos, en el caso de estar la sociedad organizada á medida y gusto de los comunistas, que se atrevan á contraer matrimonio para hacerse á sí propios y á una prole entera desdichados? ¡Cuán pocos darian prueba de tan gran resignacion! ¿A qué raros les vendria en voluntad hacer tan enorme sacrificio? Y cuál seria la consecuencia de tan grave mal? Lo que no puede ocultarse á la vista del mas miope; la depravacion en las costumbres y la considerable mengua en la poblacion.

Tal vez se nos objete que para prevenir estos daños, la sociedad de los comunistas señalará á cada trabajador una retribucion suficiente para sostenerse á sí propio y á su familia. Pero si el casado tiene entonces con su salario lo bastante para él y para ella, no nadaria el soltero en la mayor abundancia? Bien se echa, pues, de ver que muy en breve desaparecería esa tan decantada igualdad material, si los jornales fuesen iguales.

Supongamos ahora por el contrario que á fin de huir de esta desigualdad, en lo que no desean caer los comunistas, el salario asignado á cada trabajador guardase cierta proporcion con el número de hijos que la Providencia le hubiera dado, de manera que creciese el uno con el otro. Este seria un modo eficaz de desterrar el estado de celibato, y es seguro que con dificultad se hallaria un soltero en una sociedad constituida de tal suerte; pero no es menos cierto tambien que tendríamos, por un lado un aumento considerable de poblacion, y por otro, como ya hemos probado, una disminucion en los productos de la industria, medio no muy apropiado para alejar la pobreza pública, ó como llaman ahora en lenguaje bárbaro, el pauperismo, que es la fantasma en cuya persecucion andan afanosos los nuevos reformadores?

Por mas que estos se han empeñado en hacer á los hombres iguales en fortuna, el camino que siguen en sus investigaciones los separa mas y mas del objeto á donde se dirigen.

No cuentan con otro grande é invencible obstáculo que se opondrá constantemente á la realizacion de su pensamiento. Hablamos de la cualidad que tienen los hombres de ser mas ó menos económicos. ¿Podrá por ventura el disipado poscer lo que el ahorrativo, aún cuando hayan sido iguales sus ganancias? ¿No se verá el primero en muchos casos en la necesidad de contraer deudas, porque para sus caprichos y sus goces no le basta el jornal que la comunidad le asigne? ¿Y quién será el prestamista? No es difícil comprender que el trabajador que por sus economías haya formado un capital. A esto dirán los comunistas que la sociedad ó el estado no tolerarán semejantes contratos. En tal caso serán clandestinos, y á ellos no puede nunca alcanzar la ley; de lo contrario dejarían de ser clandestinos.

Quizá el estado no permita los ahorros de los individuos de la comunidad, á fin de no crear esas desigualdades de fortuna tan contrarias á su sistema. Pero ¿á qué gobierno del mundo era dable evitarlo? Habia de tener cada persona un vigilante que observara si aquel gastaba ó no todo cuanto habia ganado? ¿Y este vigilante no necesitaria de otro que á su vez lo espíara, y este segundo de un tercero y así de los demás? Quizá se estableceria una especie

de cuerpo de resguardo que cuidase de que ningún ciudadano guardara un maravedí de sus ganancias, pues los ahorros serian un contrabando. ¿Y á pesar de esta tiránica fiscalizacion lo conseguirian? Se evitan acaso, á pesar de los resguardos la introduccion de abultadas piezas de género, de cajas de tabaco, de botas de aguardiente y de vino y otros innumerables objetos de no menos peso y tamaño? Pues si es así, ¿cómo se conseguiria que cualquier operario se guardase en el bolsillo en oro, por ejemplo, el fruto de sus ahorros hechos á costa de grandes privaciones? ¿Habian de registrarse á cada momento hasta los bolsillos? Quién habia de sufrir tan brutal tiranía? Hé aqui el porvenir que nos ofrecen los amigos del comunismo; hé aqui las resultas de tan descabellado sistema. Libre Dios á la España de verse infestada de estos visionarios! Plegue al cielo no recojan éstos los frutos de las semillas que han sembrado en el suelo de otras naciones; atrayéndose la parte de la clase pobre, que pienso mejoraria su suerte con tan disparatadas reformas.

J. R.

## CARTA

*que escribe desde el otro mundo el peor poeta del siglo pasado, con motivo de representarse hoy la mejor comedia de su época. Por las señas dadas, se comprenderá que la carta no puede menos de ser de don Luciano Francisco Comella. (1)*

Yo, Comella, aquel fatal  
Comella, que daba á luz  
un disparate mensual  
para el Príncipe, ó la Cruz,  
ó los caños del Peral;

Yo que los campos Eliseos

(1) Esta poesia fué recitada en el teatro de la Cruz con ocasion de celebrarse el aniversario de la muerte de don Leandro Fernandez de Moratin.

habito al fin; desde que  
mis pecadillos purgué,  
tiempo ha, Madrileño, quiseos  
decir lo que hoy os diré.

Escribiendo mal y pronto  
al público trage tonto  
con mi *Teresa en Landan*,  
mi *Federico en Dorgan*,  
mi *Estlava del negro Ponto*. (1)

Padres bobos de familias,  
madres de familias bobas  
dieron prez á mis vigiliás,  
aplaudiendo mis *Ceciliás*,  
llorando con mis *Jacobas*.

La sociedad alta y fina,  
como la gente comun,  
se pasmó de mi *Cristina*,  
mi *Natalia* y *Carolina*  
y mi *Escocesa Lambrun*.

Cómico y lírico al par  
¡cuanto me hicieron ganar  
mis óperas españolas!  
ellas se cantaban solas:  
señores, no os ponderar.

Pródigamente aplaudido  
y mal pagado, según  
costumbre de España ha sido,  
(la cual, dicen, ha seguido  
sin alteracion aun).

Señaló á mis glorias fin  
e un mozueto botarate,  
navigordo y chiquitín,  
que fué platero y abate  
*don Leandro Morantín*.

Este, sin hacer misterio,  
me retrató cé por bé,  
con superior magisterio  
con aquel don Eleuterio  
de su comedia, *El Café*,  
Púseme yo furibundo

(1) Se creia que esta comedia era de otro autor; pero cuando Comella lo dice.....

al verme tratar así: con no  
me desquité... me morfió  
él tambien salió del mundo,  
y encontrámonos aquí.

Como todo lo miramos  
ya sin pasion los difuntos,  
pronto nos reconciliamos:  
lo que es ahora, tomamos  
los dos chocolate juntos.

Union tan rara y tan bella  
que quien ponga duda en ella  
debe dejarse enterrar,  
y venir á merendar  
con Moratín y Comella.

En el Diario leí  
que hoy en escena poneis  
la hermosa comedia *El Sí*  
*de las Niñas*, que yo vi  
estrenar el año seis.

Obra de gusto exquisito,  
si no de sublime genio,  
proclamada á voz en grito  
como la mejor que ha escrito  
el buen *Juarco Celenio*.

Obra que por el autor  
fué y es á la vez mirada  
con júbilo y con dolor,  
como que le fué inspirada  
por un desgraciado amor.

Esa hechicera Paquita  
se llamaba y era así  
bella, amable, regordita:  
ya con nosotros habita:  
la tengo enfrente de mí.

Tambien la tal doña Irene  
retrato al natural es.  
Y ¡qué semejanza tienel  
mas esto ya no conviene,  
voy á la comedia pues.

Sin bautizo y sin entierro,  
sin mono, urraca ni perro  
que haga de primer galan,  
ó madre y niño en encierro  
transidos de hambre y sin pan,

Con una decoracion  
de bien poco relumbron,  
sin trajes ricos, vejeto,  
versitos de sonsonete,  
ni chistes de bodegon.

Entusiasmo sin igual  
escitó en las gerarquias  
todas de la capital,  
durante veinte y seis dias,  
parando en el Carnaval.

Exito inmenso, inaudito  
que de un revés fué ocasion:  
vedó su continuacion  
aquel tribunal bendito  
de la santa inquisicion.

Muy bien hecho, ¡voto á San!  
tizonazo al perillan,  
que horrorizando almas pias  
dijo que eran clucherias  
los santos de mazapan!

Pero despues ocurrió  
lo que ya la historia escribe:  
la España se transformó;  
la inquisicion pereció,  
y *El Sí de las Niñas* vivo.

Porque así triunfa el talento,  
así al error dá castigo  
el tiempo justo, aunque lento:  
yo escribí cien obras; ciento  
se sepultaron conmigo.

No así Moratin: su nombre  
cada vez cunde mayor.  
¡Loor eterno, loor  
al que también pinta al hombre  
para volverle mejor!

El enseñó á la vejez,  
él honró á la ancianidad,  
él condenó, recto juez,  
á eterna ridiculez  
la pedante vanidad.

El estafador tembló  
de su voz grave y severa,  
y de sí se avergonzó  
la hipócrita zalamera

cuando su imagen miró.

El al paterno poder  
línea trazó decorosa,  
él defendió á la mujer:  
su mision no pudo ser  
mas noble ni mas hermosa.

Duramento no trató:  
mas (con orgullo lo digo)  
mi honradez reconoció.  
Le alabo, y fué mi enemigo:  
pocos hacen lo que yo.

Modelos de arte y buen gusto  
dejó; pero con derecho  
le dirá el crítico adusto,  
que no es útil siempre y justo  
seguir su camino estrecho.

Con poetas de otra edad,  
Moratin sus glorias parte:  
el ingenio, aunque es verdad  
que necesita del arte,  
vive de la libertad.

Y gloria de su nacion  
será el insigne varon  
que logre juntar al fin,  
el genio de Calderon,  
el arte de Moratin.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

### Gustos de personajes notables.

Alejandro amaba con pasión á su caballo  
Bucéfalo: Augusto tenia delirio por un papa-  
gayo que vivió muchos años. No pocas veces  
le daba él de comer, cual pudiera hacerlo  
una señora desocupada. Neron profesaba gran  
cariño á un estornino, quizá fué el único ser  
á quien quiso en el mundo. Cómodo tenia lo-  
cura por un mono. Heliogabalo por un gor-  
rion. Honorio por una gallina.

Isabel de Francia, la hija de Enrique II, no podía sufrir un mismo vestido dos veces, y es porque le gustaba el brillo de la ropa enteramente nueva. Al día siguiente de estrenar un traje lo regalaba á una de sus doncellas, no obstante que se solía poner vestidos tan magníficos que el menos costoso no bajaba de trescientos ó cuatrocientos escudos.

Enrique VIII tenía pasión por los gatos negros, y se cuenta de él que llegó á reunir 24 en su palacio.

A Federico el Grande le gustaba extraordinariamente el olor del clavo y la pimienta, y solía llevar una rica caja que contenía estas especias en lugar de tabaco.

Mongalfer, el inventor de los globos aerostáticos, tenía la costumbre de mascar papel. Es de advertir que un hermano suyo era fabricante de papel, tal vez de este modo quisiera dar salida á los productos de la fábrica del hermano.

A Platon le gustaba en extremo los huesos de los pollos, y por chupar estos solía dejar la carne, en lo cual daba una verdadera prueba de no ser materialista.

**EPITAFIO**

en el sepulcro de una joven.

La flor de tu juventud  
la horrenda muerte cortó,  
y por siempre la encerró

del sepulcro en la quietud.

De tan tierna flor cojimos  
hojas mil que aun conservamos:  
son memorias que lloramos  
de virtudes que perdimos.

A. DE C.

**EL GRAN BUHO.**

Ya hemos tenido el honor de visitar á nuestro apreciable amigo el caballero gran Buho; pues por la módica cantidad de seis cuartos, su carcelero hace que este animal se presente á los ojos de todos los curiosos que lo soliciten. El lugar de la prision es una accesoría sita en la calle de la Carne, porque solo una calle que lleva el nombre de carne, es digna de albergar á un ave de rapiña.

Entramos en la morada de nuestro amigo, la cual es lóbrega y triste como debe serlo toda cárcel. En un rincon, sujetas las patas con una férrea cadena y alumbrado por la moribunda luz de un candil, estaba todo un rey de las aves nocturnas. Hé aquí en lo que vienen á parar las mundanas grandezas!

El carcelero del Buho es un señor que no puede moverse solo, pues necesita del auxilio de dos muletas. Segun nos han dicho, aunque no salimos fiadores de la noticia, este señor fué quien hizo presa el Buho, y la violencia de su acción para cogerlo lo llevó hasta el extremo de tropezar y caer con tal furia, que las piernas le dieron entonces ocasion de sospechar que los huesos de los hombres no están fabricados del mismo metal que la culbrina del Parque.

Pero esto de las piernas del carcelero como nada nos importa, bueno será remitirlo al silencio y sobre todo al paciente, aunque creemos que no lo echará en saco roto sin necesidad de nuestros recuerdos. Y así, quitando los ojos de este señor, ó por mejor decir, de este señor los ojos, ó mas bien nuestros ojos de este señor, pongámoslo por un momento en el Buho, que es persona que lo merece.

Nadie imagine que el rey de las aves nocturnas está de mal humor en su prisión; antes bien, la tolera con aquella tranquilidad y resignacion propia de la grandeza de un pajarraco. Sus enormes ojos, semejantes á dos vivisimas ascuas, centellean; pero sin abrasar á ninguno de los espectadores.

«Cuando entramos en su calabozo ó mazmorra, preguntó á su carcelero quienes eran las personas que venian á consolarlo y á recibir la honra de ser vistos por sus hermosos ojos, de que Dios nos libre. Apenas se enteró de con nosotros venia un gran poeta, cuando le dirigió estas claras y terminantes palabras:

«¡Gracias á Júpiter sean dadas porque logro ver á uno de los muchos poetas, personas con quienes nosotros los buhos tenemos antigua enemistad, pero no sin causa! Harto sabrá usted, señor don Juan, que todos los que han bebido las aguas del Parnaso, nos han dispensado la honra de llenarnos de insultos. De dónde ha nacido la mala voluntad de ustedes, cosa que no he podido averiguar, ni aun cuando pudiera, ya me seria de ningún provecho; pues los hierros de esta prisión me estorbarian divulgar la nueva, de nacion en nacion y de gente en gente.»

«Dígame, señor don Juan, ¿qué vé usted en mí que merezca los insultos que á mis ilustrés antepasados han dirigido los poetas?

El ciego Homero, hombre que no pudo jamás echarnos la vista encima con harto dolor de su corazon, nos llamó *ave feisimá y espantosa*. Virgilio, aquel Virgilio adulador bajo y sempiterno de Augusto, porque era emperador, á nosotros por ser reyes, nos llamó *infames*. Ovidio, aquel desonestazo autor del *arte amandi* y de otras obrillas en que se queja del castigo á que lo llevaron sus picardias y bribonadas, nos regaló el nombre de aves *execrables*. El pobrete de Silio Italico, hombre que no podia con los calzones, dijo que los buhos eran *pronósticos de guerras y de hambres*. Mas pudiera hablar en esta materia; pero razon será dejarla aquí por la seucilla razon de que así es mi voluntad soberana, y basta. Cuántas mas honras debemos á los historiadores, y no lo digo porque esté uno delante, (á lo cual el aludido hizo la debida reverencia.) Estos en vez de insultarnos y atribuirnos cualidades que no tenemos, nos han dado siempre multitud de elogios, capaces de hacernos asomar los colores á la cara, si asomarlos fuera licito á los buhos. Flavio Josefo, célebre historiador judío, cuenta que siendo emperador Tiberio César, estaba preso cerca de su palacio y atado á un árbol y vestido con una ropa riquisima, segun y como convenia á su grandeza á aquel famoso Herodes Agripa, y habiendo visto Germano, un gran agorero, que cierto buho estaba volando sobre las ramas del árbol de Herodes, lo tuvo por agüero felicísimo, y le pronosticó que habia de verse libre de aquella prisiou, y rey de los judios. Esto demuestra que nosotros no somos pronósticos de males y desdichas, sino de felicidades. En la Tartaria nos honran por lo mismo, desde que á cierto gran Can le anunció en sueños la victoria uno de nosotros. Aprendan ustedes los poetas de lo

quo digo, y tomen experiencia de los historiadores para no ultrajarlos. De lo contrario, seguirán ustedes insultándonos y nosotros sufriendoos, y así andará el mundo. He hablado.»

Ya iba don Juan á tomar la palabra para replicar á S. M., cuando un perro entró, como si aquello fuese terreno valdío, en la cárcel del buho. Este á su vista no fué ya dueño de sí y con justa causa. Tolerar visitas de hombres, malo es; mas al fin no ofende la magestad del rey de las aves nocturnas; pero visitas de perros.... vayan muy enhoramala. El bicho saltó sobre el perro con toda la furia propia de una persona ofendida en lo mas vivo de su pundonor, y comenzó á clavarle las garras. El dolorido can se puso en defensa y entre los dos enemigos travóse una horrenda batalla. Nosotros huimos del campo de Agramante con propósito de advertir á nuestros amigos, que para ver los buhos no se debe caminar en compañía de perros. A lo menos tal es la moralidad que sacamos de esta visita.

---

### Sobre el movimiento continuo.

---

Un artículo estampado en uno de los últimos números de *La España*, y escrito por mi amigo don Antonio Martinez Perez, ocupándose menudamente de la famosa máquina del señor Palomino, me ha hecho conocer, en primer lugar que dicho señor no desiste de su quimérico proyecto, y además que ha dejado de ser un secreto la combinacion mecánica que ha de producir el movimiento continuo.

Por lo tanto, si antes existian en mí motivos de delicadeza para analizar la máquina que me mostró el descubridor sevillano, han desaparecido ya completamente, y puedo, sin empacho, volver á tratar este asunto ya que aun sigue llamando la atencion de los diarios de la corte.

El grande y portentoso mecanismo del señor Palomino está reducido, como dá á conocer el señor Martinez, á un sistema de palancas, mas ó menos complicado; pero el cual siempre puede representarse por una palanca, en la que un peso conocido, sea de una libra ó de una onza, ó si se quiere de un adarme, se equilibra con 640.000 arrobas. En esto, hasta ahora, no hay invencion alguna; porque basta que se hallen los brazos de palanca en razon inversa de la potencia y de la resistencia para que se obtenga dicho resultado. Preciso es desconocer los principios mas elementales de la estática para quedar sorprendido de tal efecto. No es la vez primera que he manifestado cuán fácil es comprender que una potencia sumamente pequeña ponga en equilibrio, y por lo tanto en movimiento, á una resistencia muy considerable, con tal de que sea á espensas del tiempo, ó lo que es lo mismo, de la velocidad. Este principio cuenta ya muchos siglos de antigüedad; y en prueba de ello, basta recordar el dicho tan repetido del famoso Arquimedes: «de que si le dieran un punto de apoyo, moveria con una palanca el mundo.» ¿No queria dar con esto á entender el géometra siracusano que siempre era lícito á cualquier potencia vencer una resistencia inmensa, toda vez que guardasen entre sí cierta relacion los brazos de palanca?

No debemos por consiguiente mirar por este lado como un hallazgo el aparato del señor Palomino, aunque levante las 640.000 arrobas que tanto maravillaron á algunos enten-

didos. En dónde está, pues, el invento del mecánico sevillano? Dónde se halla el motor? Sin duda van nuestros lectores á pensar que en algun nuevo agente parecido al vapor, obrando por su fuerza expansiva ú otra cosa semejante. Nada de eso. Las fuerzas ocultas, los motores secretos, se encuentran en el acero de unos muelles y de espirales, y asimismo en el peso de una esfera llena ó medio llena de mercurio.

Las palancas enlazadas por unas articulaciones y sostenidas en unos soportes de espiral, deberán tocar al descender las unas y levantarse las otras con unos resortes que por su fuerza las despedirán otra vez, consiguiéndose de esta suerte, si no perpetuar á lo menos prolongar el movimiento del sistema y por lo tanto del cuerpo ó máquina á la que se le comunicara. Muy cierto seria este resultado, si tuvieran por sí los resortes esas fuerzas que algunos le atribuyen. Error tan comun es perdonable en una persona del todo estraña á la ciencia del movimiento, pero no en quien pretenda hacer en ella grandes descubrimientos. No debía ignorar el señor Palomino que los muelles ó resortes son cuerpos completamente inertes, que no pueden comunicar una fuerza de que carecen; que cuando obran es por reaccion: mas claro, para que impriman movimiento á un cuerpo, se requiere que antes hayan sido bandidos por una fuerza por lo menos igual á la que reciben, pues que la accion es igual y contraria á la reaccion. Ahora bien, si los resortes del aparato del inventor sevillano han de obrar despues de haber recibido la impulsión de las palancas (puesto que antes no podia ser) perderán estas el movimiento, ó como se dice comunmente, la fuerza que transmitieron á los resortes: por lo tanto, cuanto por un lado ga-

naba una palanca, lo habia perdido la otra del sistema, resultando de aquí una verdadera compensacion; y cuenta que aun he prescindido de la pequeña pérdida de motor que ocasionen los diversos contactos. Todo lo dicho acerca de los muelles es aplicable á las espirales, que no pasan de ser otros resortes, y en las cuales tiene mucha confianza el Sr. Palomino.

Quédame por decir dos palabras con respecto á la bola con mercurio, es decir, del otro agente que ha de poner en movimiento el mecanismo. Es muy general en las personas que desconocen los elementos de la ciencia del movimiento, pensar que se puede sacar partido de la fuerza adquirida por un cuerpo que descende, y servirse de ella como motor en cualquier mecanismo; pero los que tal imaginan ignoran que, si bien es cierto que al caer un cuerpo cediendo á la accion de la gravedad, posee una fuerza aceleratriz que crece en razon de los cuadrados de los tiempos, no lo es menos que para levantar este cuerpo á la altura desde la cual ha de descender se requiere una fuerza igual á la misma de la gravedad de que ha de estar despues animado. Para comprender este sencillísimo principio, no es menester conocimientos algunos de mecánica. Cuando lanzamos á lo alto una piedra, es evidente que ascenderá mas ó menos segun la mayor ó menor fuerza muscular del hombre, pero para que vuelva á bajar no es preciso que la gravedad haya destruido la accion del motor? Y esto sucederá despues de haber estado luchando incesantemente con ella. Luego es evidente que la fuerza humana que lanzó la piedra á cierta altura será igual á aquella de que estará animado el cuerpo al caer. Hé aquí por qué es un error, y combatido con harta razon, el creer que el peso del mercurio puede hacer las veces de motor.—J. R.